

PONGALE ESTE TITULO...

LA conocí en un caluroso día del mes de junio. Eran las dos de la tarde y estaba tomando una cerveza, haciendo tiempo para la hora del almuerzo. Al otro extremo de la barra sorprendí a una mujer de unos treinta años mirándome y en sus ojos había como un velo, una pantalla protectora, de modo que podía adivinarse que en ese momento mi cara era sólo el punto de partida para otro itinerario. Sólo fueron algunos segundos, el cuadro adquirió pronto levísimos movimientos, es decir, yo presté un poco más de atención y ella, por su parte, finalizó bruscamente el trayecto, retirando el velo protector y situándose justo donde había partido: frente a mí. Me pareció que intentó sonreírme, pero el resultado final fue sentirse un poco aturdida, pestañear y dejar traslucir una pequeña irritación por haber sido sorprendida en todos los cambios, incluido ese rubor intenso de frente y mejillas. A muchos años de aquello, se me ocurre que el celuloide debería proteger contra el olvido semejantes escenas cotidianas para demostrar el encanto imprescindible de anécdotas tan triviales. Creo que se puede conseguir. Me decía un amigo, sobre fotografías de rostros conocidos, que sólo una lente así puede tratar la piel humana de forma tan terrible como lo que teníamos ante los ojos. Y parecía cierto: esos rostros que surgían del papel anunciaban el castigo del tiempo, su poderosa inclemencia. "Fíjate —concluía—, esta óptica, cuando repasa seres y cosas, tiene menos prisa que el ojo humano". Pues bien, ¿por qué no intentarlo entonces con esas espontáneas fugacidades? Tal vez ya lo hayan hecho. Sí, deben de haberlo hecho.



Procuré terminar antes que ella y pagué al camarero ambas consumiciones. Me marché a casa y estuve toda la tarde intentando fijar aquella expresión en mi memoria, de manera que pudiera grabarla para siempre como algo profundamente familiar. Si a las ocho de la tarde alguien me hubiese pedido un retrato de aquella mujer creo que hubiera conseguido una reconstrucción perfecta o quizás algo más difícil: un diseño de todo lo que debía andar revuelto en su interior. Tal vez, por qué no, el ambiguo itinerario que proyectó aquella mañana sobre mi rostro.

Normalmente, suelo ir a ese bar y a otros de la ciudad a leer. Se está bien, una vez que has aprendido que la gente puede conectar contigo tan sólo con su presencia, siempre que sepas asimilar, de una manera no reflexiva, todo el calor que se desprende de sus cuerpos. De vez en cuando, levantas la cabeza del libro y observas a un tipo gesticulando, hablando con el camarero o con otra persona o vigilando silenciosamente su propia alma. Entonces te dices: merece la pena todo este cuerpo que te limita y alberga y te da la oportunidad de sentir cosas nuevas al contacto con otros cuerpos. Merece la pena vivir.

Otras veces, hago mi lectura en los parques, debajo de algún eucalipto o de alguna acacia. Una de esas tardes, a la semana aproximadamente de aquel encuentro que ya había olvidado, una voz de mujer me dice a mi espalda:

—Perdone, quería darle las gracias por su amabilidad del otro día.

Yo estaba un poco hacia atrás, sosteniéndose el sillón metálico sobre sus dos patas traseras. Tenía la seguridad de haber conocido a aquella mujer hasta el fondo y, sin embargo, su voz me resultó inesperadamente nueva. Era una voz más bien aguda, un poco nerviosa, pero sobre todo, franca, abierta, optimista. Me levanté rápidamente y dije, un poco azorado:

—¡Hola! No tiene usted que agradecerme nada..., al fin y al cabo estábamos los dos solamente y a mí me tocó pagar el primero.

—De todas formas es la primera vez que me ocurre.

—No me vaya a decir que es la primera vez que le han invitado —dije yo con ingenuidad.

—Bueno, si usted lo plantea así... Digamos que en esas circunstancias es, en efecto, la primera vez.

—En ese caso, me felicito.

Se le iluminó la cara cuando, al darme cuenta de que estábamos los dos de pie, la invité a que ocupara mi sillón. A unos cinco metros de allí había otros dos desocupados. Me acerqué por uno y me senté frente a ella. También a mí era la primera vez que me ocurría un encuentro semejante. No entraba



en mis previsiones que ese contacto de que hablaba pudiera hacerse tan concreto. Continuaba con el libro en las manos y el dedo índice lo dividía marcando la página que había abandonada. Ella me dijo:

—No quisiera interrumpir sus lecturas.

—No se preocupe. Esto es mucho mejor —y guardé el libro en mi bolso.

—Le gusta leer, ¿verdad?

—En realidad, no hago otra cosa. De vez en cuando escribo alguna tontería.

—Supongo que no serán tonterías, no tiene pinta de eso.

—No se fíe demasiado de la pinta. Le diré una cosa, escribo porque tengo necesidad de ello, pero, al mismo tiempo, cada vez que me pongo ante la máquina el miedo se come a la naturalidad y cuesta mucho trabajo avanzar. La mayoría de las veces desisto.

—Será porque las máquinas hacen mucho ruido. Debería desprenderse de ella.

—No se me había ocurrido, pero sí, tal vez tenga razón y yo debería... Pero, oiga, ¿cómo sabe usted todo esto?

—No lo sé, por eso se lo pregunto. A mí también me gusta leer, pero no siempre tengo tiempo y, sobre todo, no sé distinguir lo bueno de lo malo, quiero decir la buena de la mala literatura. Me gustaría mucho saber lo que tengo que pedir cuando entro en una librería. ¿No le parece que sería mucho mejor? Dígame qué opina.

Dudé un momento. De pronto se me agolpó en la cabeza un enorme interrogante sobre el sentido que tenía todo aquello. Había sorprendido hacía poco a una mujer mirándome obstinadamente en un bar, aunque no fuera yo, en realidad, el objeto de su atención. Pensé sobre ello y me pareció llegar a unas conclusiones satisfactorias acerca de aquella mujer. Lo hago con frecuencia y no le doy mayor importancia. Creí averiguar un pasado decepcionante a través de aquella mirada sorprendida, a través de unos ojos extrañamente encajados y muy susceptibles de ser sorprendidos por cualquier cosa y a través de unas ropas que expresaban sólo un lujo moderado. Bien, aquella mujer tenía que ser necesariamente ese pasado decepcionante y un presente poco habitado, demasiados recuerdos, etc. Tenía que andar sonámbula por el mundo y en aquella ocasión yo la sorprendí transitando por un puente aéreo inventado por ella para comunicarse con treinta años no recuperables. Siempre el descenso a la realidad acabaría en caída, bruscamente. Me dio pena, eso es todo. Esa es también la lógica de un escritor mediocre, como yo. Creo que debí decirselo entonces, para que no sospechase tanto, en mi caso, de las má-



quinas de escribir. Frente a todo esto, me encuentro una semana después con una criatura absolutamente nueva, recuperada, para mi imaginación, después de quince asaltos de pesados. Han desaparecido los pómulos abultados, la mirada aturdida y vidriosa, la fatiga, la timidez. Todo lo que me ofrece hoy es una cara limpia, algo fatigada, pero no más que la mía, de menos edad, y un vestido de colores sencillo. Sonríe con facilidad y te somete increíblemente a un examen que todo buen escritor desearía contestar para dejar evidencia de su categoría y, en el mejor de los casos, simplemente para no desaprovechar esa magnífica oportunidad de comunicación. Pero caes en la cuenta de que no te estás carteaando con uno de los grandes, que no hay terreno común para dar demasiadas cosas por sabidas y que, en definitiva, se te ha hecho una pregunta que no sabes contestar. Me limito a decir:

—Dígame, por ejemplo, lo último que ha comprado y así podemos discutir sobre algo más concreto.

—Casi nunca recuerdo los títulos ni el autor, pero esto último que he leído es muy reciente. Me parece que se llama "Cinco horas con Mario".

La miro fijamente a los ojos y quedo perplejo.

—¿Le sucede algo? —me pregunta.

—Creí que me había dicho que no distinguía la buena de la mala literatura. ¿No me estará tomando el pelo?

Ríe abiertamente. Por primera vez veo a esta mujer desde una perspectiva mucho más objetiva, desligada de mis preocupaciones de escritor, valdría decir. Y por primera vez casi sonrojado, descubro algo que la hace profundamente bella y que no sabría definir. Estoy a medio camino entre la turbación y el asombro.

—No quiero que piense eso. Por lo que me dice, parece que eso sea buena literatura. Si es así, acabo de saberlo. ¿Lo es realmente?

—Al menos, así lo creo —contesto.

—Pero en lo que a mí se refiere, eso no prueba nada.

—No entiendo. ¿Qué le hizo adquirir ese libro?

—Espero que no se enfade. Desde que pude leer el título del libro que leía, todo el tiempo estoy repitiéndome "En el erial", "En el erial", "En el erial", no debes olvidarlo, "En el erial", "En el erial", "En el erial". ¿Comprende ahora? Tengo que fiarme de ustedes, ¿no? Esas conversaciones con Mario se las vi a un estudiante y me dije: no desaproveches la oportunidad. Corrí a la librería y me hice con el libro. Una se siente más segura así.

—¿De modo que es eso?



—Pues claro.

Nos reímos los dos. Ahora pisaba un terreno mucho más seguro y me apetecía hablar con aquella mujer, hablar inacabablemente.

—Yo mismo la acompañaré a una librería y le conseguiré algunos libros, siempre que me diga sus preferencias, sus temas favoritos.

—No quiero que se moleste. Guardó ese libro, pero yo fui más rápida que usted, así que, de momento, si no me aconseja otra cosa, ya tengo suficiente.

—No se preocupe, no va a ser molestia. Iré con usted a la librería, está decidido.

—No, de verdad. Este método me da buenos resultados, no permitiré que se atrofie mi capacidad de explorar los gustos ajenos. Se lo agradezco mucho, de todas formas.

—Como quiera, no discutiremos eso.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—¿Y por qué no iba a poder hacérmela? Ha estado todo el tiempo examinándome —dije bromeando.

—A lo mejor abuso de usted.

—En ese caso, tendrá que darme al final una explicación.

—De acuerdo. Dígame, ¿Ha sentido alguna vez que está destinado a algo grande?

—¿Me lo pregunta como escritor?

—Sí, por supuesto, si tiene la suerte de haber averiguado ya lo que desea ser.

—¿Acaso usted no lo ha averiguado todavía?

—No del todo. No, al menos, con exactitud.

—No sé si eso es una lección de humildad, teniendo en cuenta que soy más joven o...

—¿De impotencia, tal vez?

—No, de ninguna manera. No pretendía decir eso.

—No se preocupe. Continúe.

—Me gustaría decirle algo, antes de continuar.

—Adelante.

Reflexioné un momento. Dije:

—Es usted extraordinaria. No me lo explico, pero está usted absolutamente fuera de mi alcance y tengo la impresión de que sabe de antemano todo lo que voy a decir.



—Anda, sea bueno y conteste a mi pregunta.

—Le diré que esa pregunta me la estoy formulando yo mismo desde hace diez años. Ahora que usted me lo dice, acabo de saber que no sé si escribo por necesidad o primero he creado, a fuerza de desearla, esa necesidad para poder escribir. ¿Qué opina usted?

Los ojos vuelven a brillarle intensamente. Se fija en mí. Parece que por primera vez se diera cuenta de mi verdadera dimensión, como si descubriese de pronto mis pantalones vaqueros gastados por el uso, mi camisa a cuadros que huele a sudor y sobre todo el terreno extraordinariamente frágil donde piso. Descubrimos los dos que estoy en inferioridad de condiciones. Saco del bolso una petaca de tabaco de picadura y le pregunto si sabe liar. No fuma. Me lío un cigarro, pero sé que todo el tiempo se está fijando en mí y me hubiese gustado conseguir ese cilindro perfecto que devuelve la confianza.

—Su frente me dice que usted también tiene un lugar donde perder la mirada.

—¿Mi frente? —pregunto.

—Eso me parece.

—Intente ser más explícita, por favor.

—Una casi perfecta media luna, el entrecejo labrado sobre su ceja izquierda, que pronto dejará de ser apacible, unos peldaños de escalera más arriba muy pronunciados por donde usted debe trepar a menudo, son signos inequívocos.

—¿Ha aprendido de memoria ese discurso?

—Eso no tiene importancia. Sin embargo, usted no debe pasar de los veinticinco.

De pronto recuerdo aquellas palabras a propósito de la fotografía: "Esta óptica, cuando repasa seres y cosas, tiene menos prisa que el ojo humano". No sé por qué no me ha gustado esa penetración y su incómoda alusión a la edad. Respondo:

—Tonterías. ¿Es usted acaso una lente fotográfica?

—¿Cómo dice?

—Perdone, pero no la entiendo, cada vez sé menos de usted. —Noto que me estoy sofocando, pero continúo. ¿Qué desea saber exactamente de mí?

—Quería estar segura de que su frente no me engañaba. Ahora ya me voy y le pido disculpas.

Hizo ademán de levantarse. Me sentía, sin justificación alguna, atrapado y sabía que mi voz había subido de tono. ¿Por qué esa irritación? ¿Por



qué sentirme acorralado? Pero era demasiado decepcionante que todo esto acabara aquí, como un drama estúpido.

—Espere un momento —le dije—. Soy yo quien debe disculparse. No deseo que se vaya. Siga hablándome de mí, por favor.

—Explíqueme primero lo de la lente fotográfica.

—Bueno, hay cierta óptica que es implacable con la piel humana. Uno no se reconoce en la fotografía.

—¿Quiere decir entonces que es más real la fotografía?

—Si está bien hecha, creo que sí.

—Magnífico. ¿Sabía usted que yo era aficionada a la fotografía?

—¿Y cómo podía saberlo? Tendrá que admitir que me desconcierta con sus preguntas.

Por toda respuesta, abrió el bolso y sacó un paquete de fotografías. Me lo extendió.

—Fíjese en esto —dijo.

—¡Pero si éste soy yo, Dios santo! ...

—Un total de doce magníficas fotografías.

—¿Y cómo ha conseguido esto?

—Todo lo que hace falta es un buen teleobjetivo. Lo demás está en usted.

—Se supone que esto confirma...

—Sí, naturalmente. Soy de su opinión. Fíjese en esas marcas. Debajo de una cara apacible hay más cosas de lo que uno está dispuesto a admitir. No hay truco.

—Oiga, todo esto es absolutamente insólito. ¿Cómo puedo saber ahora que usted no es una especie de demonio, una aparición? ...

—Soy de carne y hueso. Hago poco ruido, pero soy de carne y hueso y, si usted se fija, las apariciones son menos sólidas.

—Permítame que hagamos un resumen. Primero se me aparece usted, quiero decir, la veo a usted en aquel bar y descubro que anda en las nubes. Su aspecto, aquella mirada fija, sin soporte, me hace pensar durante toda la tarde. Hay algo especial en usted..., sí, algo especial, pero lo olvido. Hoy la encuentro de nuevo y parece una muchacha tímida, dispuesta a saber, a sorprenderme y, de pronto, sale con lo de los libros. Sus preguntas parece que han sido organizadas para un coloquio o una mesa redonda. Yo me pregunto si todo esto es real hasta darme cuenta que el único sorprendido, que el único ignorante soy yo. ¿No se parece a una trampa? Después viene aquella pregunta sobre mis propias convicciones como escritor y a partir de



ahí, créame, me parece perder hasta la noción del tiempo. ¿Existimos? Dígame, ¿no estamos siendo inventados, o algo así?

—Existimos.

—Existimos —repito mecánicamente.

—Ha resumido usted bien desde su propio punto de vista.

—Pero hay otros, naturalmente.

—Sin duda, pero esos otros no le han preocupado excesivamente y sus "líneas" no podrán reflejarlos.

—¿Me está pidiendo que me informe detalladamente de todas las personas con las que he cruzado una mirada?

—Tiene razón, pero tendrá que admitir que la historia que ha trazado de mi persona es bastante vaga, inconsciente. Ha imaginado con mucha lógica, pero si quiere hacer algo real en sus novelas...

—Debo ser más avisado.

—No, debe invertir más tiempo en la observación.

—Perseguir a la presa provisto de una buena...

—Prefiero otra palabra, convivir con la presa, acercarse a su respiración y averiguar, por lo menos, si esa persona tiene pulso.

—Ya averigüé eso acerca de usted.

—Yo no lo creo.

—¿De modo que me cree un estúpido? ¿Un escritorzuelo imaginativo?

—No exagere, no es usted ningún estúpido. Sin embargo, usted mismo ha admitido antes que no sabía de mí, que no estaba a su alcance...

—Es verdad, me ha demostrado todo lo contrario.

—No se apure por eso. Tenga confianza, es usted grande, lo noté desde el principio.

—¿Y cuándo ocurrió ese principio?

—Es más sencillo de lo que piensa. Simplemente le vi un día en este parque, sentado, leyendo, como lo hacía hace un momento. Me impresionó su cara, suele sucederme a menudo. Tiene usted una cara sorprendente. Dispongo de tiempo y no tengo mucha cultura, ya le he dicho, así que tengo que consumir ese tiempo de la mejor manera posible. A diferencia de usted, la lectura no me es imprescindible. Prefiero observar, después fotografiar, aunque esto último no siempre es posible, y después reconstruir ese mundo a partir de unos datos que yo interpreto. No sé si se ha dado cuenta que por cada página que lee reflexiona unos minutos, su vista se pierde y como usted ha dicho de mí, queda fija en no se sabe qué cosas. Reflexiona



y levanta la mirada del libro. Son esos momentos los que yo seleccioné. Admita que son insustituibles...

Queda pensativa y yo le ruego que continúe.

—Tengo la teoría de que una persona que dispone de esos hábitos intermitentes es una persona especial.

—Todos somos especiales, distintos, por uno u otro motivo —dije.

—Sí, pero a mí me interesa aquello que se manifiesta exteriormente, de modo que pueda darme cuenta y fijarlo. Si fuera usted un investigador o algo así, seguramente le asombraría encontrarse un buen día ante una anomalía, algo no previsto, con trayectoria distinta de la generalidad.

—No le interesan a usted los fenómenos colectivos.

—Oh, claro que me interesan, pero desde otro ángulo.

—¿Y fue mi cara lo que...

—Su cara y otras cosas. También me di cuenta que usted prefiere sentirse rodeado, pero no porque obtenga con eso mayor información para sus libros. Creo que su única fuente al respecto es literaria, ¿no lo cree? Bueno, de modo que me dije: a este pajarito no le gusta el nido.

—¿Y eso es importante? ¿A su juicio eso es anormal?

—Mantengo la opinión de que usted tiene muchos vacíos y, sin embargo, no ha observado todavía, no sabe mirar. Esos vacíos, en usted, demuestran que tendrán que ser rellenados con personajes, con títulos de obras escritas por usted, etc. Pero yo me pregunto cómo se las arreglará si antes no ha averiguado nada acerca de ellos. A esto iba. Te encuentras con un individuo que no sabe qué hacer con sus huecos, volcado siempre hacia sí mismo e incapacitado para salir del agujero. Sin embargo, su cara me decía más cosas. Es por esto que le pregunté al principio si tenía fe en un destino especial. Y por lo visto la tiene. A muchas personas les falta y andan por ahí preguntando por su alma.

En ningún momento hubo dureza en sus ojos. No era una aparición, desde luego; era algo sólido, como ella decía, pero cada vez más tenía la solidez de un río o una fuente o de un desnudo. Me acordé de un cuento de Gorki, toda una verdadera demostración de la moipía de un escritor susurrada en su propio oído, como una pesadilla. Esto parecía más hermoso, pero igualmente desalentador. Dije:

—No, ya no la tengo.

—Pero usted escribirá. He apostado por ello.

—¿Cómo puede decir eso, ahora precisamente?



—¡Ah! Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, son palabras de Jesús y usted tiene fe. Todo lo que le falta es eso, en sus circunstancias. Lo conseguirá.

—Pero, ¿y usted?

—¿A qué se refiere?

—Lo tiene todo, ha convivido con la presa y dispone de una historia.

—¿Se refiere a si escribo?

—Sí.

—No sé hacerlo. La vista que yo necesito no es para eso. Mi ceguera es de otra índole.

—¿Para qué, entonces?

—Averigüelo y después me lo dice.

—Un momento. Me ha dicho que dispone de tiempo.

—De todo el tiempo del mundo. Tengo suerte.

—Luego está sola. Está tan sola que el tiempo carece de importancia para usted. Increíblemente sola. ¿Por qué?

—¿Se refiere a si estoy casada, si tengo familia? No desde luego que no.

—No lo comprendo.

—Tampoco lo necesita de momento. Tómese tiempo. Le diré una cosa, una familia se supone que tendría que suprimir esta soledad. Pero de verdad que no es tan ligera como para eso. Sin coartada, así está mejor. Pienso si este paraíso se puede compartir sin entrar en detalles. Averigüe primero qué clase de fe poseo. En fin, ¿me hará un favor si se lo pido?

—Desde luego que sí.

—¿Piensa reproducir a la presa?

—Tiene gracia. Jamás una presa ha sido tan benévola. ¿No tiene la impresión de que al venir usted a mí ha venido realmente a morir a un cementerio? Bien, creo que sí. Lo haré algún día.

—¿Ha pensado ya en algún título?

—Pues claro que no.

—Póngale éste, entonces: "Conversaciones con una prostituta".

